

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Mario Muñoz

“Primera llamada”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 68, abril-junio de 2024, pp. 21-22.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

En un principio fue el cine, después vendría el teatro. El primero me llevó de la mano al segundo. Todo empezó cuando cursaba la primaria en una escuela privada de mi ciudad natal, la Venecia veracruzana, así conocida por los puentes que la cruzan. Los fines de semana veíamos películas en blanco y negro en un salón acondicionado para tal propósito. Recuerdo

Primera llamada

Mario Muñoz

Por aquellos años, el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) empezó a abrir sedes en el interior del país en donde se ofrecían cursos de teatro, música y artes plásticas. En Orizaba, el Instituto denominado INBAO era patrocinado por la Cervecería Moctezuma y el Sindicato de Obreros y Artesanos de la Industria Cervecera y Conexas.

El hombre lobo, con el legendario Lon Chaney, los episodios de la saga de ciencia ficción *Buck Rogers*, algún western en el que los indios eran masacrados en nombre de la civilización...

Por esos años, mi curiosidad me llevó a frecuentar los puestos de periódicos, donde empecé a comprar revistas de espectáculos como *Varietades y Cine Mundial*; esta última era una publicación en tabloide de circulación cotidiana cuyos principales atractivos eran la portada y las páginas centrales ilustradas con fotografías de las artistas de la época en poses provocativas. Aparte de esta estrategia gráfica para seducir a los lectores y las notas sobre la farándula, aparecía la cartelera con los estrenos de cine y teatro.

A mediados de 1958, en el apogeo de la carrera cinematográfica de Kitty de Hoyos, se presentó en el Teatro Ródano la

obra *Cuarto 504*, de José María Fernández Unsáin, protagonizada por la atractiva rubia en una de cuyas escenas salía en paños menores. No podía dejar pasar la oportunidad para ver de cerca a esa mujer idealizada por mi fantasía. Arrogándome el privilegio de ser hijo único, le pedí a mi mamá que hiciésemos los dos un viaje al entonces Distrito Federal con la finalidad de ver la obra y asistir por primera vez a una representación teatral. De este episodio nació mi vocación por el teatro.

Por aquellos años, el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) empezó a abrir sedes en el interior del país en donde se ofrecían cursos de teatro, música y artes plásticas. En Orizaba, el Instituto denominado INBAO era patrocinado por la Cervecería Moctezuma y el Sindicato de Obreros y Artesanos de la Industria Cervecera y Conexas. Me ins-

cribí a la primera generación que estudiaría teatro y contamos con el apoyo y los valiosos consejos del maestro Nemesio de la Torre, quien provenía de la capital, respaldado por una amplia trayectoria en la dirección escénica.

Un grupo nutrido de estudiantes de diferentes estratos sociales integramos ese primer grupo. Entre ellos destacaba Daniel Castro, un joven obrero de la cervecería Moctezuma cuya edad no le impidió brindarme su amistad y compartirme sus conocimientos sobre literatura dramática. Era un lector ávido de la obra de Antón Chéjov, Eugene O'Neill, Tennessee Williams, Arthur Miller, Ugo Betti, Michel de Ghelderode, lecturas que completaba con los aportes teóricos de Konstantín Stanislavski, Michael Chéjov, Charles Dullin, Louis Jouvet. En mi intento por estar a su nivel conseguía la bibliografía que me recomendaba en la surtida librería Garcilaso, la única de la ciudad. El propietario, un profesor normalista jubilado conocido por su anticlericalismo, a su vez, me recomendaba otros libros para "completar" mi formación, según decía.

De esta forma empecé a integrar mi biblioteca, que ha ido creciendo con los años, y a frecuentar a los clásicos griegos que aumentaron mi pasión por el teatro, estimulada por figurar en calidad de actor en obras como *Un*



Trotsky, el hombre en la encrucijada (2022) . Foto: Sebastián Kunold

mundo para mí, *La antorcha escondida*, *Sucedió en la 5ª Avenida*, *Los años de prueba* y *Las cosas simples*. Años después, cuando fui alumno del maestro Sergio Pitó, él me insufló la lectura de las tragedias de Shakespeare.

Gracias al interés de mi mamá por cualquier cosa que yo hacía es que conservo los programas de mano y recortes de periódicos de las piezas dramáticas en las que participé; asimismo, a la fecha poseo una colección de fotos de esas inolvidables representaciones. Ella también me animó a participar en el Primer Seminario de Teatro organizado por el INBA, becado por un semestre. El cuerpo docente era de primerísimo nivel: Luisa Josefina Hernández, Salvador Novo, Beatriz Aguirre, Antonio López Mancera... Además, la credencial de estudiante me permitía entrar a todos los espectáculos, incluyendo los de Telecentro. Asistí a la memorable representación de *Edipo Rey* con

el eminente Ignacio López Tarso, y en el teatro anexo al Auditorio Nacional presencié *Moctezuma II*, de Sergio Magaña, con un elenco integrado por reconocidas actrices y actores de la época. La estancia por seis meses sigue presente en mi memoria.

Concluida la beca, y habiendo recibido un diploma, regresé a la Venecia veracruzana. Estaba convencido de tener vocación teatral, que aumentó cuando el INBAO organizó un viaje especial a Xalapa con nuestro grupo para presenciar la memorable puesta en escena de *Hamlet* en el Puente Xallitic, bajo la dirección del talentoso maestro Marco Antonio Montero, entonces director de la Escuela de Teatro de la Universidad Veracruzana, antecedente de la actual Compañía Teatral Orteuv. El espectáculo fue asombroso en medio de la neblina que empezaba a descender sobre el escenario natural, añadiendo una atmósfera de mágica extrañeza a

la tragedia shakespeariana, interpretada por Héctor Ortega, Farnesio de Bernal, Sonia Montero y María Luisa Castillo en los papeles principales, y un nutrido elenco de comparsas con algunos alumnos de la mencionada escuela.

Ninguna interferencia ajena perturbó la representación, pues en esos años la tranquilidad xalapeña aún no era turbada por el ruidoso ajetreo urbano. En el silencio de la noche brumosa solo escuchábamos los monólogos y los diálogos intensos de los personajes, cuyas voces aumentaba el eco del inmenso puente.

Así que mi ilusión era ser actor. Sin embargo, como le dice Dorotea a Juan Preciado en la novela de Juan Rulfo *Pedro Páramo*: “la ilusión cuesta caro”. Mi descalbro emocional por el trauma que me provocó el desamor de una chica acabó con esa aspiración que, desde mi perspectiva actual, considero desmedida. Era de una timidez enfermiza para estar a la altura de una profesión que exige presencia, decisión y confianza en uno mismo, atributos de los cuales carecía. No obstante, el gusto por el teatro nunca me abandonó, y varios años después, ya en Xalapa, asistí a los estrenos de la Orteuv y a los festivales de teatro universitario, e inclusive fui jurado en una ocasión. Pero dichas experiencias ya no son materia para desarrollar en estas evocaciones. **LPyH**

Mario Muñoz es maestro de tiempo completo de la Facultad de Letras Españolas y está al frente de *La Palabra y el Hombre*. Actualmente escribe una serie de relatos sobre el tema de la descomposición del cuerpo.